



GRAND PRIX
EL CORREDOR

Hans Ruesch

**QUATERNI**

Traducción autorizada de la edición en lengua italiana
IL NUMERO UNO, Copyright © 1953 Hans Ruesch
Copyright © 2010 Hans Ruesch Jr., Vivian Ruesch & Peter Ruesch

Copyright © 2010 Quaterni de la edición en lengua española para todo el mundo
© Quaterni es un sello y marca comercial registrado por
Grupo Ramírez Cogollor, S.L. (Grupo RC)
Traducción: José García Fuentes, basada en la que realizó E.R., a quien la editorial
reconoce sus derechos

GRAND PRIX. EL CORREDOR. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido
está protegido por la Ley vigente, que establece penas de prisión y/o multas a
quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra
literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en
cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa
y por escrito de los titulares de los derechos del copyright.

ISBN: 978-84-937770-0-5
EAN: 9788493777005

QUATERNI
Calle Mar Mediterráneo, 2
Parque Empresarial Inbisa, N-6 - P. I. Las Fronteras
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.
Diseño colección y texto: Quaterni
Diseño de cubierta: Juliana Raigosa Montoya
Maquetación: Sinodal, S.L.
Impresión y encuadernación: Villena Artes Gráficas
Depósito Legal: M-
Impreso en España

16 15 14 13 12 11 10 (04)



ÍNDICE

Primera parte

Plomo en el ala 1

Segunda parte

El número uno de la Gayer..... 111

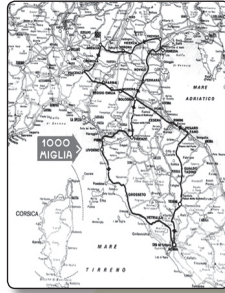
Tercera parte

Morituri 217

Primera Parte

PLOMO EN EL ALA





1

Años treinta. Una carrera de las Mil Millas.

Un coche blanco enfilaba la Vía Emilia, por la curva del sur, rasgando leves velos de niebla que teñía el alba. Los neumáticos silbaban furiosos sobre el asfalto mojado, en el que se reflejaban los escasos árboles del borde de la carretera, y el claro canto del motor, muy revolucionado, hendía el silencio matutino como una piedra lanzada en un estanque.

Erich Lester, casi inmóvil tras el volante, no dejaba traslucir ninguna emoción. Mantenía la cabeza reclinada sobre el pecho, como si estuviera cansado; sólo sus ojos se movían sin descanso tras las enormes gafas, pasando del cuentarrevoluciones a la carretera, a los postes del teléfono, a los mojones, a los pretilos de los puentes, a cualquier otra cosa que pudiera anticiparle el trazado que le venía al encuentro. Rectas rápidas, puentes estrechos, curvas resbaladizas, badenes y cunetas, trechos de arena traidora o de firme defectuoso y

bancos de niebla baja que a veces anulaban la visibilidad se sucedían continuamente, requiriendo la máxima atención.

A Lester ni siquiera se le ocurría pensar que su coche, para reducir peso, estaba construido con un margen de seguridad mínimo. Para él sólo existía la carrera; debía correr a la máxima velocidad y perder el menor tiempo posible.

El aire, fresco aún, le permitía exigir el máximo rendimiento al motor a pesar de la longitud del recorrido, y vigilando las puntas de los postes del telégrafo no necesitaba reducir la velocidad ni siquiera allí donde la niebla baja borraba el trazado de la carretera.

A la izquierda de Lester iba su copiloto italiano, Piero, sentado de lado para no obstaculizarle el movimiento del codo. De vez en cuando soltaba uno de los agarradores a los que iba asido para no sufrir sacudidas y señalaba algún peligro lejano: la barrera de un paso a nivel que empezaba a bajar, un carro de bueyes que se disponía a cruzar la carretera, un cartel indicador difícil de descifrar por la velocidad, un contrincante que se disponía a cambiar de carril en su intento de no dejarse adelantar, o bien la aguja del cuentarrevoluciones que rozaba el límite de seguridad.

Lester adelantaba a sus compañeros de carrera como una flecha adelanta a un galgo. No hubiera servido de nada pedir paso a un piloto ensordecido por el rugido de su motor; así pues, los participantes adelantaban por la derecha o por la izquierda, o incluso en curva, con tal de ganar un segundo.

Aunque las Mil Millas eran oficialmente una competición abierta, en la que se respetaban las normas de circulación, en realidad, el recorrido estaba cerrado al tráfico normal.

Lester tenía prisa. Entre los doscientos treinta y seis coches de la carrera había cuarenta Burano como el suyo: cuarenta candidatos a la victoria. Los Burano estaban hechos para esa carrera, concebida para coches fuertes, veloces, manejables. Pero Lester sólo tenía ojos para uno de ellos: el Burano oficial de la casa, indiscutiblemente superior al suyo y pilotado por el as brasileño Sandiego, de origen italiano.

Esta vez Sandiego tenía también a la suerte como aliada. Los coches habían tomado la salida con un minuto de intervalo, empezando por las categorías inferiores. El orden de salida dentro de cada categoría se había determinado por sorteo, y Lester había tenido la desgracia de salir un minuto antes que Sandiego. De esta forma, el brasileño tenía la posibilidad de controlar su posición a lo largo de la competición: le bastaba con preguntar en los puestos de control cuánto le llevaba Lester, mientras que a él nadie le podía dar noticias recientes de su inmediato perseguidor. Una vez que lo hubiera alcanzado, Sandiego podría contentarse con seguirle de cerca para conservar el minuto de ventaja.

Por eso Lester no tenía otro recurso que separarse de su adversario, lanzándose a tumba abierta desde el primer minuto si quería conservar alguna posibilidad de ganar. Y Lester corría para ganar.

Aquel año el recorrido llevaba de Brescia a Piacenza, Bologna, Florencia y Roma, desde donde volvía al punto de partida por una ruta más larga que pasaba por Temi, Ancona, otra vez Bologna y Venecia. El primer trecho, en el cual se encontraban ahora, era uno de los más rápidos y ofrecía a Sandiego la oportunidad de alcanzarlos con su coche, más potente. Así, una hora después de la salida, Piero empezó a mirar a sus espaldas. Los únicos coches que veía eran los que ellos habían adelantado. Quizá Sandiego, como experto que era, estaba ahorrando fuerzas.

Pero con un coche inferior y la posición de salida desfavorable, Lester no podía permitirse el lujo de ser prudente. Ésta era su estrategia: correr sin estrategia. Y éste su razonamiento: seguir adelante en lugar de razonar. Tenía que hacer todo aquello a lo que Sandiego no se atrevería. No separó el pie del acelerador ni siquiera cuando, a punto de adelantar un Burano como el suyo, vio que se acercaba a gran velocidad a uno de esos pueblecitos Emilianos formados por una aglomeración de casas que la carretera cortaba en dos. El paso era estrecho, porque contra las casas se apretaban los espectadores, contenidos a duras penas por algunos guardias.

Era casi imposible adelantar en una recta a un coche de igual potencia, y los dos Burano corrían aún a pocos centímetros uno del otro cuando se sumergieron en el negro embudo de gente, cada vez más estrecho. El rugido de los dos motores hacía eco en las fachadas de las primeras casas

y Lester vio, mientras se le ponía la carne de gallina, que en pocos segundos el surco que abrían los espectadores no bastaría ya para los dos coches; pero su pie no se movió del pedal. Un momento después, el motor del otro enmudeció y su coche desapareció del campo de visión de Lester; el adversario había cedido.

«Más razonable ha sido él», se dijo Lester con una leve sonrisa, y en seguida apartó el episodio de su imaginación, fija en el recorrido.

El primer puesto de control estaba en Bolonia, en la gran plaza que había al principio de la circunvalación, delimitado por unas barreras y por las tribunas hormigueantes de público. Piero llevaba el libro de competición colgado del cuello. Lo presentó abierto a uno de los comisarios que gesticulaban, mientras Lester frenaba un poco. Era importante saber frenar a tiempo para no asustar a los comisarios, que de otra manera se habrían echado a un lado obligando al coche a pararse por completo, con la consiguiente pérdida de tiempo; por eso Lester frenó poco antes de llegar, el comisario se acercó a su coche aún en marcha y corriendo a su lado selló el libro. Lester volvió a pisar el acelerador sin haber llegado a detenerse y se lanzó por las calles, que hervían de gente agitada.

En Bolonia acababan las rectas largas y la carretera empezó a serpentear, Apeninos arriba, hacia el paso de la Futa. El sol de la primavera había hecho huir los últimos jirones de niebla, pero aumentaba la temperatura del motor, cuyo

aliento hirviente hacía sudar a los dos hombres, aunque no llevaban más que un ligero mono de hilo y un casco. El termómetro del agua había subido a más de 90 grados, y Lester, obligado a dejar descansar al motor en las subidas, se prodigaba aún más en las numerosas curvas y en las breves bajadas, frenando lo más tarde posible y rozando el límite de seguridad. En las curvas, en un firme desigual, todo el peso del coche gravitaba sobre el volante, y los brazos del piloto temblaban por la sacudida de las ruedas, mientras los neumáticos silbaban, dejando gruesas huellas negras en el asfalto que brillaba al sol.

En menos de seis horas llegaron al puesto de control de Roma e iniciaron el viaje de vuelta. Una torrencial lluvia caída en la áspera y agreste región de las Marcas les dejó calados hasta la planta de los pies y transformó los trechos de arena en torrentes de fango y piedras. Pasaron a un Burano que se había estrellado contra el pretil de un puente y a los campesinos que socorrían a los dos participantes, tendidos al borde de la carretera.

Lester confiaba en que siguiera el mal tiempo en el trecho rápido que se acercaba, ya que la lluvia impediría a San-diego aprovechar plenamente su superioridad mecánica; pero cuando, pasada Ancona, empezaron las largas rectas que llevaban a Bolonia, el tiempo había mejorado y la cinta del Adriático, ensangrentada por el sol poniente, permitía la máxima velocidad.

En los puestos de avituallamiento que la Burano organizaba para todos sus clientes, enjambres de personas bien intencionadas ofrecían a los participantes botellas de agua mineral, fruta y bocadillos; a veces los echaban incluso sobre el coche en marcha, con grave peligro para sus destinatarios. Lester tomó sólo alguna naranja que Piero le peló y le metió en la boca. Los dos termos estaban vacíos desde hacía tiempo: la tensión y el aire les secaba la boca hasta el punto de despellejarles los labios y el paladar.

Ya era de noche cuando pasaron por el puesto de control de Mestre. Llevaban diez horas de viaje, y Lester no había dejado de sudar, ni aun bajo la lluvia; ahora la temperatura había descendido demasiado, y en la falda de los Dolomitas un aire helado empezó a filtrarse por el mono de los dos hombres, pegado por el sudor al cuerpo desnudo. Piero sacó de debajo del asiento un periódico preparado para esta circunstancia y lo metió en el mono de su piloto, como escudo contra el frío.

Lester sufría un dolor sordo en la espalda a consecuencia de la prolongada inmovilidad y de las sacudidas del coche, que era de suspensión dura para facilitar una mayor adherencia a la carretera; el dolor se agudizaba, se extendía hasta llegar a la cabeza, ya aturdida por los rayos del sol, que se le habían ido clavando en los ojos durante demasiadas horas como una estaca ardiente. En el último avituallamiento no había sido capaz de aprovechar el minuto de parada para estirar las piernas: el dolor de espalda le mantuvo clavado a su

sitio. Ahora estaba inclinado sobre el volante, con las manos agarrotadas por el frío y el esfuerzo y con el cráneo zumbándole por el rugido del motor y por el cansancio. Se mantenía despierto gracias principalmente a los dolores, cada vez más fuertes. Pero conseguía sacar nuevas fuerzas al pensar en un éxito clamoroso, cuya posibilidad ya entreveía, y mantenía una velocidad alta ciñéndose a las curvas, rozando los edificios en los centros de población y tratando de no perder un segundo en los peligrosos adelantamientos.

Hasta entonces todo había ido bien: en Mestre, último control antes de la meta, el comisario que le selló el libro le había informado a toda prisa de que en Roma había sido el primero, con cinco minutos de ventaja sobre Sandiego. Pero no por eso podía perder tiempo: habían pasado muchas cosas desde el control de Roma, y era indudable que Sandiego, puesto al corriente de su posición desde entonces, habría tratado de darle alcance.

A menos de una hora de la meta sucedió lo imprevisto: los faros se apagaron. De repente. Lester iba siguiendo con el corazón en un puño el cono de plata que le abría un surco en la noche cuando, sin previo aviso, quedaron sumidos en una oscuridad total. Milagrosamente, frenó sin incidentes: al bajar del coche comprobó que se habían salido del asfalto y estaban en el arcén.

Piero saltó con la linterna eléctrica en la mano. Un momento más tarde anunció:

—La batería.

—¿No hay nada que hacer?

—No. Está destrozada.

—¡Siempre la maldita instalación eléctrica! —exclamó Lester desesperado.

—Afortunadamente el motor funciona con la dinamo —dijo Piero—. Un empujón, y lo ponemos otra vez en marcha.

Siguieron a poca velocidad por la carretera, iluminada tan escasamente por la luz de las estrellas que el asfalto reflejaba el resplandor de los tubos de escape al rojo vivo. Cuando fue alcanzado por uno de los coches que había adelantado poco antes, Lester le dejó inmediatamente vía libre, y a continuación se pegó a él para aprovechar la luz de sus faros; por desgracia, no era lo bastante rápido.

Así siguieron durante varios y exasperantes kilómetros. Cuántos, no lo supieron nunca; demasiados, desde luego; tal vez fueron pocos. Lester notó que Piero le apretaba el brazo, y percibió un haz de luz que se acercaba a ellos a toda velocidad. Pocos segundos después, un bólido rojo les adelantaba como un tomado: Sandiego.

El brasileño había reconocido también a Lester, porque en seguida redujo la marcha. Ya había ganado la partida: tenía a su adversario en su poder. Hubiera podido incluso darle ventaja y seguirle a distancia: aunque llegara a la

meta cincuenta y nueve segundos detrás de él, resultaría vencedor.

Apenas Sandiego le hubo adelantado, Lester se pegó a él, abandonando a su anterior guía, más lento. Pero Sandiego ya no tenía prisa; parecía deseoso de jugar con un adversario que durante tanto tiempo le había eludido. Aceleraba, obligando a Lester a acelerar también; frenaba, obligando a Lester a hacer lo mismo. Se echaba hacia el arcén y luego aceleraba brutalmente, con lo que sus ruedas posteriores, rodando en el vacío, lanzaban contra el parabrisas y las gafas de Lester una granizada de piedras y barro que le impedía la visión, obligándole a frenar bruscamente y a lanzarse luego adelante a ciegas para recuperar su guía luminoso. Si lo dejaba irse, todo estaría perdido; pero por otra parte, ¿qué fruto podía sacar de tal persecución? En el mejor de los casos, un segundo puesto, cuando sabía que merecía el primero. Mientras tanto, su cerebro trabajaba, buscando una escapatoria contra toda lógica.

De repente sus ojos centellearon: tal vez la solución se le presentaba inesperadamente. No sabía cuánto faltaba para la meta, quizá pocos minutos, quizá media hora, cuando divisó, lejana aún, una fila de luces a la izquierda de la carretera: la iluminación eléctrica de las vías del tranvía que unía las afueras con el centro de Brescia. Eran unas luces débiles, insuficientes para iluminar todo el ancho de la carretera, pero le permitirían conducir por su cuenta.

Sandiego no había pensado en eso: seguía tomándose las cosas con calma, avanzando a poco más de ciento cincuenta por hora en el tramo final, que permitía mayor velocidad, confiado en su minuto de ventaja. Lester se lanzó a su lado; recorrió el último trecho a oscuras, dirigiéndose como una flecha hacia las primeras luces del tranvía, y después giró a la izquierda de la carretera, a lo largo de las vías, para lanzar al aire los guijarros del empedrado y no privar a Sandiego de las gentilezas recibidas de él poco antes.

Entretanto forzaba el motor más de lo permitido, con la esperanza de que soportara por poco tiempo un esfuerzo mayor. Si no lo resistía, paciencia; más valía no llegar que ser segundo. Todos los rastros de cansancio habían desaparecido de repente; sentía hambre de kilómetros, de muchos más kilómetros aún, en los que poder recuperar el minuto de retraso. Su adversario no le seguiría a esa velocidad, aunque sólo fuera porque hubiera sido un grave error estratégico por parte de Sandiego el lanzarse a lo loco con la victoria prácticamente en el bolsillo: y Sandiego no cometía errores de estrategia.

Pero Lester tampoco. Lo que estaba haciendo era arriesgar el todo por el todo hasta el arco triunfal que señalaba la meta. Conducía como un endemoniado por el fácil pero insidioso trecho final, ciñéndose en las curvas, pero limpiamente, sin tener que levantar el pie de repente, sin tener que girar en sentido opuesto: las curvas le ayudaban a ganar tiempo, no

a perderlo. Veía cómo Piero echaba atrás la cabeza y ponía rígidas las piernas cuando se acercaban a una curva, y sentía no poderle hablar, ya que el ruido del motor hubiera borrado la poca voz que el viento de la carrera no se llevaba; le habría asegurado que no tenía nada que temer, que a pesar de la poca luz nunca se había sentido tan seguro del camino y tan dueño del coche, ni tan en posesión de todas las facultades más importantes: ritmo de carrera, control sobre cada una de las cuatro ruedas bajo el asiento, y ese cálculo frío en el cerebro que se funde con el ardor de la ira en el pecho.

No tenía la menor idea de cuántos kilómetros llevaba recorridos cuando a lo lejos apareció una esfera luminosa: el arco final, ardiente de luz, después de la última recta. *Reducir la marcha - Meta a mil metros*, advertía una pancarta colgada sobre la carretera, a la que seguían otras: *500 metros - Reducir la marcha, 300 metros - Reducir la marcha, 200 metros - Reducir la marcha, 100 metros - Reducir la marcha*.

Lester sabía que el arco era poco más ancho que el coche, y que quizá la plaza no estaría lo bastante despejada para recibir un coche lanzado a toda velocidad. Pero que frenaran los demás: él no podía permitirse el regalar ni siquiera un segundo.

El arco se agrandaba más y más: detrás de él se veían ya las siluetas confusas del público, formando un semicírculo

y adelantándose dispuestos a arriesgar el cuello con tal de disfrutar desde cerca la llegada de los bólidos. Lester sintió la ola de calor de las mil bombillas en el rostro helado mientras se deslizaba a través del estrecho arco, y después, inmediatamente, frenó.

Con un chirrido de ruedas bloqueadas, el coche irrumpió en una plaza tan iluminada como si fuera de día, alfombrada con carteles destrozados por otras frenadas y manchados de aceite.

La gente que formaba el semicírculo se separó precipitadamente. El coche recorrió otros doscientos metros, acercándose rápidamente a una masa de espectadores en desbandada, y Lester derrapó hasta detener el coche en un viraje, junto al recinto de participantes.

Piero saltó fuera en seguida, pero Lester se dejó caer sobre el volante. Un enjambre de público vociferante lo aferró por los brazos y lo sacó en peso. Cuando se enderezó le pareció que se le partía la columna vertebral. Tiró casco y gafas, cogió el libro a Piero y se dirigió con paso rígido hacia el banco de los comisarios, mientras el altavoz anunciaba su tiempo: la antigua marca de Dell'Oro estaba ampliamente superada. Por el momento, Lester encabezaba la clasificación.

Casi instantáneamente se oyó el rugido rabioso de un potente motor que se echaba encima a toda velocidad. Un haz de luz surgió bailando de la oscuridad y un instante después Sandiego pasó lanzado a través del arco, parándose un centenar de metros más allá.

Lester intentó calcular el tiempo transcurrido desde su propia llegada; le parecía mucho menos de un minuto. Si era así, había perdido. Entregó el libro de control, y cuando se volvió se vio rodeado por un grupo de hombres provistos de cuadernos de notas o de tazas de café que humeaban: periodistas y admiradores.

—En Venecia iba en cabeza con seis minutos de ventaja —dijo uno, ofreciéndole una taza de café—. ¿Le pasó algo después?

—La maldita instalación eléctrica —contestó irritado Lester, volviéndole la espalda.

—Lástima —dijo otro, enseñándole su cronómetro—. Cincuenta y ocho segundos de ventaja sobre Sandiego: ha perdido por dos segundos.

—Nada de eso —le corrigió un tercero—. Mi cronómetro le da una ventaja de tres segundos: este chico nos ha dado una lección a todos.

—¡Qué va! —dijo alguien—. Ha perdido por cuatro segundos.

—Están iguales —chilló otro, agitando un cronómetro—. Han ganado los dos.

—En todo caso, habrán perdido los dos —observó el clásico gracioso.

Sandiego se acercó con su libro de control, andando despacio y orgullosamente para que no se notara que él también estaba rígido, rodeado de admiradores excitados

que alargaban los brazos para acariciarle el mono enfangado. Su cara, irreconocible, aparecía surcada por costras de polvo excepto en la zona blanca que las gafas habían protegido; éstas, que colgaban sobre su pecho, tenían un cristal roto, y Lester esperó que su granizada no fuera la responsable.

Miró hacia la tribuna de los cronometradores oficiales: los vio conferenciando tras el cristal y tuvo que apoyarse en el banco de los comisarios mientras la angustia le oprimía el estómago. A su alrededor se había producido un gran silencio. A continuación, el altavoz anunció:

—Lester en cabeza, con cuatro segundos y dos quintos de ventaja sobre Sandiego.

—¡Lester, has ganado! —gritó alguien entre los asistentes.

—Nadie puede mejorar ya tu tiempo —le aseguró otro, viéndole incrédulo—. Sandiego y tú teníais tres cuartos de hora de ventaja sobre el tercero.

También Sandiego acudió a estrecharle la mano, con una sonrisa forzada, y después se alejó sin decir palabra. Pero Lester, acostumbrado a perder, aún no podía creer en su propia victoria y se quedó esperando, apoyado en el banco.

Vistas contra la luz del arco, que lo cegaba después de tanta penumbra, las personas gesticulantes y ruidosas que le rodeaban le parecían otros tantos diablos rojos excitados e incomprensibles. Aturdido por el cansancio y ensordecido por el motor, no entendía lo que la gente le decía.

Entretanto se iban sucediendo, cada vez más seguidas, las llegadas del resto de participantes, y aunque los veía como en un sueño, a Lester no se le escapaba ningún detalle. Uno había perdido los dos guardabarros anteriores, un faro del otro colgaba de un hilo, el tercero llevaba destrozado un lado de la carrocería, otro arrastraba el tubo de escape, atado a toda prisa con un alambre; un copiloto tenía las manos ensangrentadas a fuerza de sostener la rueda de recambio que se había desprendido del soporte lateral; muchos tenían rotas las gafas o el parabrisas; a algunos les sangraba la cara por alguna pedrada, y todos llevaban la misma máscara de fango y polvo y la misma mirada alucinada.

Alguien que le golpeaba la espalda hizo volver a Lester en sí. Vio, desenfocada, la cara de su copiloto que le hablaba insistentemente, y en medio del enorme alboroto comprendió por fin lo que Piero le estaba gritando al oído:

—Ya podemos irnos. Han llegado todos los Burano. ¡Esta vez hemos ganado!